

A l'ombre des dictatures: la démocratie en Amérique Latine

- Alain Rouquié
Paris, Editions Albin Michel, 2010, 378 pp.

Los trabajos de Alain Rouquié supieron iluminar con singular lucidez las relaciones cívico-militares en la región y en particular el caso argentino. «Poder militar y sociedad política en Argentina» es un obra de referencia obligada para comprender el contexto pretoriano que emergió en 1930. Sus libros son herramientas indispensables para quienes se propongan explicar la dinámica política de los países de America Latina. *A l'ombre des dictatures: la démocratie en Amérique Latine* (A la sombra de las dictaduras: la democracia en America Latina), reúne su reflexión sobre 200 años de vida política en la región, se remonta a las variantes del caudillismo que sucedieron a las guerras por la Independencia y llega hasta nuestros días.

Este texto es una suerte de clase magistral sobre política comparada escrita con la fluidez de la pluma de Alain Rouquié, con el rigor conceptual que lo distingue y con el extraordinario mérito de rescatar la singularidad histórica de los contextos nacionales, y la ecuación personal de sus liderazgos. Rouquié muestra una diversidad sin acudir a fórmulas reduccionistas ni a dicotomías esquemáticas. Construye una tipología de regímenes autoritarios que tiene en cuenta, a la vez, el grado de pluralismo tolerado y el nivel de violencia oficial ejercido, pero siempre se cuida de subrayar las semejanzas y las diferencias. Así, el lector puede contrastar la institucionalización del autoritarismo a través de un partido del Estado en México, con el sueño fallido de mexicanización emprendido por los

militares brasileños a partir del golpe que derrocó a Goulart en 1964. Y puede examinar los contrastes a través del examen de una gran variedad de países de la región a lo largo de dos siglos. Al comparar regímenes entre sí, Rouquié adopta un enfoque genético que explora el papel de las coyunturas que les dieron origen y marcaron la evolución posterior.

El «mandar obedeciendo» —hincado en una tradición de derecho fundada en las costumbres que explica en gran medida la consagración de la justicia indígena— en una Bolivia «de multitudes» y de crisis de la democracia pactada y parlamentaria; la pasión por el sufragio que anima la democracia plebiscitaria de Venezuela, son ejemplos que ilustran cómo el texto de Rouquié sitúa al lector ante la génesis de los contrastes que cuentan a la hora de comprender la dinámica política de cada caso nacional. Tampoco faltan en su estudio los regímenes nacionalistas y reformistas —variedad continental de la revolución desde arriba— encarnados por Velasco Alvarado en Perú, Rodríguez Larra en Ecuador y Torrijos en Panamá. Liderazgos como el de Chávez, un militar; Evo Morales, un ex sindicalista y Rafael Correa, un profesor de economía, son retratados en su singularidad.

Atravesamos el período más largo de la historia en que la rotación en el poder —con la excepción de Cuba— se produce por medios pacíficos, sin derramar sangre. La hora del militarismo, como afirma Rouquié, parece haber concluido. Las democracias resistieron las crisis a través de soluciones para—constitucionales o parlamentarias. Que en América Central se respeten los resultados de las elecciones, se haya abandonado la lucha armada y la democracia sea un valor compartido, es una manifestación clara del progreso de la democracia en la región en el curso de los últimos años. Sin embargo, bien recuerda Rouquié que la democracia no se reduce a las elecciones. Las elecciones pueden conducir a una dictadura y muchas de las ellas, celebradas en países de la región, son semi competitivas y el fraude estructural se alimenta del uso de los recursos del Estado. Para el autor, la democracia es un milagro cultural frágil, una forma social en el sentido tocqueviliano, antes que un régimen. Como él lo afirma, la democracia es un conjunto de valores que los procedimientos electorales contribuyen a poner en marcha.

Una tradición de elecciones previa a la vigencia plena del Estado de derecho y al respeto de las minorías y una tradición de manipulación de las reglas de juego cuando los resultados de las urnas no satisfacían los intereses de los poderosos de turno son otras de las singularidades de la región. El liberalismo se implantó en sociedades no liberales y se impuso muchas veces a palos, como gusta decir Tulio Halperin Donghi. América Latina es un subcontinente en el que los militares invocaron un futuro retorno a la democracia echando mano al recurso de la fuerza.

Con Raymond Aron, Rouquié destaca la importancia de las reglas de juego democrático, sin cuyo respeto los que están en el poder pueden no exponerse al riesgo de perderlo y los excluidos pueden utilizar medios legalmente prohibidos para alcanzarlo. Esas son las tentaciones que constituye el horizonte maldito del misterio democrático.

En las democracias restauradas en el curso de las tres últimas décadas, Rouquié distingue entre regímenes basados en la negociación y el compromiso como Uruguay, Chile o Brasil, y regímenes fundadores y reparadores nacidos de la crisis de representación, legitimados en la destrucción de los partidos y basados en la confrontación. Un rasgo singular que se destaca como constante de la vida política es el privilegio de la democratización por sobre la democracia y que el contenido social relativiza el respeto de las reglas. Rouquié se pregunta si la disociación de la izquierda social y la izquierda política es una singularidad como lo pensaba Aron, entre tantas otras singularidades latinoamericanas. La tensión entre liberalismo y pluralismo por una parte, y desigualdad, jerarquías y privilegios por otra, está siempre presente y, como lo advertía Tocqueville, la desigualdad conspira contra la práctica de la democracia. El divorcio entre las libertades y el Estado de bienestar intentó ser conciliado por los populismos en el siglo pasado. Pero la vaguedad del término populismo que reúne movimientos tan disímiles como los liderados por Vargas, Perón, Betancourt, Velasco Ibarra o Cárdenas termina contaminando el análisis de los populismos de ayer y de hoy. Rouquié se pregunta si las nuevas experiencias nacionales y populares son el único camino para construir un Estado de bienestar en lo que denomina una suerte de socialdemocracia

«un poco más musculosa»; si se habrá de alcanzar una democracia representativa estable y social una vez que se logre un nivel adecuado de cohesión social o bien si esos despotismos ilustrados están condenados a ser autocracias competitivas o semi competitivas. La sospecha de que así sea existe junto a la esperanza que el autor deposita en la demanda simultánea de ciudadanía y de integración social que solo puede conducir al compromiso con las libertades y a la participación política. Rouquié escapa a todo determinismo y afirma que la democracia en la región no está condenada a elegir entre la autocracia portadora de justicia o la democracia de mercado que instauro el darwinismo social.

Contra la ilusión de una democracia sin partidos, Rouquié nos advierte que los movimientos desde abajo terminan cooptados por un partido o por el Estado. Finalmente, nos demuestra el autor que la esperanza de que todos tendrán una oportunidad y la sospecha de que no será así, son elementos inseparables de la vida democrática, como también que la memoria de las dictaduras milita en favor de la democracia. Podemos concluir que en estas repúblicas no tocquevilianas que ya cuentan con dos siglos de existencia, la democracia han sobrevivido a profundas crisis y el tiempo trabaja a su favor, aún a la sombra de las dictaduras.

Liliana de Riz